

APUNTES SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL DE FERNANDO POO

NOTA PRELIMINAR

NO es preciso confesar que el intento de presentar puntualmente en un esquema la estructura social de Fernando Póo es un trabajo superior a nuestras fuerzas. La falta de antecedentes en este terreno y la poquedad de la preparación, nos relevan de una más explícita confesión de impotencia. Si, a pesar de todo, hemos puesto manos a la obra, ha sido contando de antemano con ciertos recursos literarios que, en los momentos más difíciles, suplantasen la precisión exigida por el asunto por la suculencia retórica que el español siempre tiene a mano.

Esta interpolación literaria en un tema sociológico puede atribuirse al hecho de haber comenzado a vivir en una época en la que las cuestiones sociales derivaban siempre en retórica, panfletaria las más de las veces, pero cariñosamente comunicativa.

Si a lo largo de este trabajo presentamos un cuadro vívido o una estampa iluminada y barroca de ciertos estratos sociales fernandinos, téngase presente que ésta no era nuestra primitiva intención. Nuestro gusto y nuestro mayor deseo hubiese sido lograr un esquema riguroso y preciso, sin otro ornamento que el del juicio acertado y la atinada observación. Como a todos, nos hubiera gustado poner el dedo en la llaga. Pero dentro de la medida de nuestras fuerzas, y asumiendo

un trabajo superior a ellas, sólo podemos ofrecer un esbozo, trazado con mano insegura, de la abigarrada sociedad fernandina, caricaturizando a veces sus conflictos, exagerando las situaciones o resbalando sobre los primeros problemas sin apenas tocarlos.

En el fondo, sólo queda un apasionado Entusiasmo por el tema.

ESTRUCTURA GENERAL DE LA POBLACIÓN FERNANDINA

Todos los pueblos que habitan el Occidente africano desde Cabo Palma a Cabo López están o han estado representados en Fernando Póo, porque la facilidad de acceso a la isla por su situación geográfica, la abundancia de trabajo, la solitud constante de trabajadores y su alto nivel de vida, se han dejado sentir de un modo continuo, originando una imperceptible corriente inmigratoria que, en ocasiones, ha llegado a producir considerables movimientos de población.

En el censo se refleja cuanto venimos exponiendo por un elevado porcentaje de población transeúnte, como puede verse en el siguiente cuadro :

AÑOS	Población total de hecho	TRANSEÚNTES		Total transeúntes	Transeúntes — Por ciento
		Hombres	Mujeres		
1900.....	20.297	1	—	1	
1910.....	12.108	1.798	114	1.912	16
1920.....	20.650	6.319	406	6.725	33
1930.....	18.604	1.379	173	1.453	8,5
1936.....	25.770	7.050	1.375	8.425	24
1942.....	30.661	14.846	1.054	15.900	50

Puede verse que el crecimiento de la población fernandina es continuo, pero realizado a expensas de la población

transeúnte, que crece tanto en cifras absolutas como relativas. La ola inmigratoria, continuamente creciente, sostiene la actual e insuficiente tasa de población, y la desarmonía que introducen en el cuadro las cifras correspondientes al año 1930 deben atribuirse a la terminación de la primera guerra europea y a la consiguiente repatriación de los internados procedentes del Camerun alemán que, figurando en el censo de 1920, no figuran en el siguiente.

La repatriación de una serie de familias a la terminación del conflicto no debió de ser el único movimiento de población ocurrido al restablecerse la normalidad. Fernando Póo perdió el privilegio de su paz, ya generalizada ésta, y vió descender momentáneamente su población para recuperarla lentamente a lo largo de un ininterrumpido flujo inmigratorio.

Pero esta corriente inmigratoria está constituída fundamentalmente por braceros, es decir, por varones adultos, con muy escaso aporte familiar. De tal modo, que la evolución de los sexos ha ido evolucionando en la forma que aparece en el siguiente cuadro:

AÑOS	Varones	Hembras	Población de hecho total de habitantes	Hembras — Por ciento
1910.....	6.996	4.112	12.108	40
1920.....	13.693	6.966	20.657	30
1930.....	11.872	6.732	17.604	35
1932.....	24.507	9.697	34.204	26,5
1936....	17.908	7.862	25.770	28
1942.....	23.073	7.588	30.661	23

Actualmente, las mujeres sólo constituyen la tercera parte de la población de la isla de Fernando Póo, lo que quiere decir que corresponde una mujer por cada tres hombres y, aunque la mujer fernandina es bastante generosa y la escasez

no se deja sentir demasiado desde ciertos puntos de vista, esta anomalía en la estructura de la población ha de reflejarse en los dispositivos sociales.

La elevada proporción de transeúntes, que aunque mantienen sus cifras demográficas renueva continuamente los individuos que las forman, y la escasez de mujeres no son hechos favorables para el establecimiento de agrupaciones familiares sólidas ni para el arraigo de instituciones permanentes. Los demasiados artificios de la estructura general fernandina y su tremenda falta de naturalidad se reflejan en el desequilibrio de las instituciones sociales vigentes. Las primitivas formas sociales del africano no pueden reordenar con posibilidades de acierto una población tan extraña, ni es posible neutralizar los hechos demográficos anormales utilizando estructuras sociales consagradas por el uso dentro de círculos demográficos más armónicos.

ACCIÓN SOCIAL DE LA COLONIZACIÓN. SUS FASES.

La anormal estructura de la población fernandina se debe en gran parte a la acción colonizadora que, necesitada de mano de obra, ha provocado una fuerte succión del elemento humano en el territorio de la costa vecina. La afluencia de varones adultos y la organización de la vida de éstos en un régimen peculiar de trabajo asalariado son derivaciones del aspecto económico de la colonización. Pero ésta originó también una intensa acción sobre la primitiva organización social partiendo de otras motivaciones.

El proceso de la colonización, no sólo representa un cambio de mercancías, sino también un trueque y transfusión de culturas. Quiérase o no, esto ocurre aunque sólo presida estas relaciones el más estricto apetito económico.

Con la colonización se abandonan los antiguos usos, muchas veces motejados injustamente de paradisíacos, y se establecen otros nuevos ensalzados, a veces en demasía. Todo el movimiento puede reducirse a la rápida y creciente puesta en vigor de fundamentales estructuras económicas y sociales europeas, en círculos culturales pobres, colectivistas e igualitarios, que precipitadamente se quiebran en múltiples individualidades, cuya reorganización social se efectúa en estratos de distinta potencia económica y diferente contenido cultural.

Esta honda conmoción no transcurre sin violencias y es preciso admitir que en la gestación de las colonias hay estados fetales que no deben ser enjuiciados desde el mismo punto de vista que la lozanía de la juventud o la gallardía de la madurez.

Las colonias jóvenes tienen una horrenda fealdad embrionaria en la que no puede encontrarse un atisbo perverso, sino potencias que aún no han logrado forma perfecta y un flúido «llegar a ser» sobre el que sólo pueden recaer juicios provisionarios, fluentes y dinámicos. No puede establecerse una sistemática entitativa de las colonias, sino que es preciso limitarse al estudio del ambiente en el que el nuevo ser se va creando y a la constelación de circunstancias que preside su nacimiento y desarrollo.

Las fuerzas que pusieron en marcha las anquilosadas estructuras sociales fernandinas sólo en una mínima parte fueron conscientes de su papel y escasamente tuvieron una visión de los efectos que resultarían de su actuación. No hay en esto nada rigurosamente censurable porque el impulso colonizador requiere el concurso de fuerzas tremendas, brotadas de todas las concupiscencias y pasiones.

La colonización, en sus comienzos, no es obra de fríos políticos o de sutiles sociólogos que observan y regulan los pro-

cesos que bullen en el crisol de la colonización. Hay que tener presente que la iniciación de toda colonia es obra de mercaderes ávidos, de soldados osados, de aventureros, de frailes idealistas y de gentes descontentas, aunque luego la versión escolar trasmute esta multitud abigarrada en legión de santos, héroes y juristas.

Pasado el ímpetu de la primera oleada colonizadora, los mismos aspectos adquieren distintos matices: el comerciante que no ha muerto, se ha enriquecido, hecho conservador y circunspecto; quizá continúan el negocio sus hijos, de maneras más pulcras y educación colegial. El misionero predica en pecadoras cristiandades y teje la ordenada red de reducciones y parroquias. La aventura es escasa y el soldado audaz se aburre y rememora los tiempos heroicos, mientras los técnicos amplían la labor que él inició.

En esta segunda jornada, el gobernante tiene ocasión y medios para actuar dentro de planes ambiciosos y a largo plazo: la colonia ha comenzado su niñez liberada de las cubiertas fatales que la limitaban y protegían. Es también la hora del primer llanto.

La primera fase es corta y fecunda, como un poema cósmico que abre camino a la siguiente jornada, más dilatada: labor de siglos, pura Historia. La primera fase ha concluído en Fernando Póo, la segunda comienza apenas. Ambas han influído en la actual estructura social del indígena y ambas, desde el pasado histórico una y desde su inmediata realidad la otra, seguirán influyendo durante largo tiempo. Creyendo estar en la coyuntura de las dos fases, es por lo que nos ha parecido oportuno echar una ojeada sobre la actual estructura social de Fernando Póo.

CLASIFICACIÓN DE LOS ESTRATOS SOCIALES FERNANDINOS

Vamos a permitirnos ahora el artificio de considerar las capas y estratos sociales que actualmente podemos encontrar en Fernando Póo. Para esto congelaremos el flúido curso de su evolución y daremos un corte a través de este año de gracia de 1949, a fin de considerar estáticamente lo que sabemos que fluye y cambia al mismo tiempo que estas cuartillas se escriben. Pero nos parece absolutamente necesario el artificio para que la mirada tenga tiempo de observar y puntos de referencia con los que limitar el espectáculo. Como el espectador del teatro prescinde de lo que ocurre entre bastidores, para centrar su atención en lo que el escenario ofrece, así nosotros olvidaremos, en lo posible, la energía que anima la sociedad fernandina a la que presentaremos quieta y petrificada, quizá en tan extraña posición como quedan los muchachos al dar la palmada el director del juego que todos conocemos.

Ya que Fernando Póo es función estricta de la acción civilizadora de España, es lógico que en la ordenación de las clases sociales creadas y en vías de creación, nos guiemos de modo fundamental, por el grado de instrucción, los conocimientos técnicos y, de modo subsidiario, del nivel económico. Los tres referidos aspectos suelen ir estrechamente emparejados, y en una primera ordenación podemos distinguir cuatro estratos fundamentales en la población fernandina de color, a saber:

I. Un grupo muy reducido, con instrucción superior recibida en la metrópoli, de conocimientos técnicos elevados, generalmente con sólida posición económica y totalmente europeos en sus hábitos, costumbres sociales y educación.

II. Otro grupo, muy numeroso y muy por debajo del anterior, ha recibido en la colonia instrucción primaria y posee conocimientos técnicos elementales. Sus costumbres y usos sociales están muy lejos de los europeos. Grupo muy extenso y abigarrado, incluye formas muy distintas que se continúan insensiblemente con

III. Un tercer grupo de instrucción y tecnología escasísimas que comprende los numerosos braceros que trabajan en la isla; y

IV. Un apartado especial que merecen los «déclases» de los grupos mencionados, inadaptados a las formas de vida establecidas y que, constituyendo la picaresca fernandina, se les conoce con el nombre de «vagos».

Estos cuatro grupos, y las clases sociales que incluyen, quedan reflejados en el siguiente cuadro :

I. — Clases completamente europeizadas. Alto nivel cultural y técnico	}	Grandes propietarios.
		Profesionales de formación metropolitana.
Clase de transición: Fernandinos.		
II. — Clases más o menos europeizadas. Instrucción primaria y conocimientos técnicos elementales	}	Auxiliares técnicos... {
		Funcionarios auxiliares de los diversos ramos de la Administración. Escribientes y oficinistas de las empresas privadas.
	}	Agricultores {
		Arrendatario. Agricultor menor.
}	}	Artesanos. {
		Obreros más o menos calificados {
		Albañiles. Carpinteros. Chóferes. Mecánicos, etc.
		Trabajadores agrícolas {
		Capataces. Encargados, etc.
Clase de transición: Braceros distinguidos.		
III. — Instrucción, nula; conocimientos técnicos, escasos. }		Braceros.
IV. — Inadaptados a las formas anteriores		Vagos.

GRUPO PRIMERO

Muy homogéneo es este grupo, constituido por ricos terratenientes, educados en España, que a veces ejercen profesiones liberales. Sus costumbres no se distinguen de las europeas, y apenas conservan recuerdos de tradiciones típicas. Aunque poco numeroso, su crecimiento se lleva a cabo seguramente, desde el seno de las familias que lo integran, afirmando una cierta tradición familiar y aristocrática de amplia trascendencia política.

Bastante desligados de sus hermanos de color, su influencia entre ellos es menor de lo que pudiera esperarse, estando muy lejos de sus propósitos el constituirse en clase directora de la menuda política social de la isla. En cierto modo, no pertenecen al círculo social fernandino, sino al europeo colonizador y terrateniente.

Sin embargo, ellos mismos se denominan fernandinos, denominación bastante amplia, que comprende individuos de muy distinta posición económica y de diferente nivel cultural, adquiriendo así el grupo fernandino una proyección hacia arriba que no tiene otro fundamento que la comunidad histórica y familiar de los individuos así encasillados.

EL FERNANDINO.—En esta denominación se incluye la población de color, que aunque de diverso origen (Costa occidental, Cuba, etc.) hace muchos años que afincó en Fernando Póo, donde todavía conservan algunas tierras, hace algún tiempo más extensas. Un cierto refinamiento social, les distingue del resto de la población de color y hablan un castellano con acento criollo, que no deja de tener gracia, aunque en la intimidad suelen hablar inglés adulterado (1).

(1) El inglés fernandino suele ser comentado en términos patrióticos, con evidente desconocimiento de los elementos que lo integran y de su pe-

La misma falta de comunidad de origen les ha españolizado profundamente, y hay en el fernandino una dignidad y un empaque de hidalgo venido a menos absolutamente castellana.

Por eso su españolía no es una españolía de mitin, sino de voto de nobleza sostenido con gallardía, aun cuando el tiempo haga perder brillo a la seda de los trajes de sus mujeres.

Su mismo nombre de fernandinos es una alusión al paisaje y no a la oscura noche de la raza, buscando la misma calidad que encontró el castellano cuando pudo eludir el celtiberismo arevaco. Mal dotado el fernandino para los negocios, se ha dejado escapar de las manos la riqueza e incluso la influencia política y sólo le queda un recuerdo, denso y apretado, de tiempos mejores del que alimenta su doble pereza africana y criolla.

Viven de las rentas de sus pequeñas o grandes fincas que arrendaron a algún europeo con arrestos y ganas de trabajar. Su vida es fácil, un poco por la pendiente de la relajación de costumbres. Un poco también en la pompa de la conversación

culiar estilo. El «english» fernandino, ligeramente diferente del que se habla en otros lugares de la costa, forma parte mínima del negro-english, que se habla en las dos ribéras atlánticas. La desviación fonética parece, en muchos casos, igual en ambas orillas: mó (more), bifó (before), o lake (like).

El negro-english representa una formación de urgencia, capaz de vehicular una rápida transfusión cultural. A tal efecto, el «english» fernandino acepta las más variadas influencias y se orienta siempre hacia el logro de una mayor expresividad. Representa además lo que de común tienen los abigarrados habitantes de Fernando Póo, es decir, una cierta cantidad de cultura europea en camino de ser asimilada, tras una adecuada elaboración afro-negra.

No es, por consiguiente, una estructura cultural cerrada, históricamente aceptada, sino que como tal estructura cultural este idioma es de pura creación negra, partiendo de influencias exteriores en un momento en el que las lenguas vernáculos no son capaces de abarcar los círculos culturales de nueva creación.

El hecho de que la base lingüística sea el idioma inglés obedece a razones económicas y políticas fáciles de comprender, y el fernandino ve en su «english» un idioma propio, que él ha sabido crearse a través de un impetuoso aluvión de influencias culturales y políticas que dejaron inservibles sus idiomas vernáculos.

y el ademán, tal que a veces, al mostrar cualquier anodino documento parece que van a exhibir ejecutorias, la ejecutoria espléndida de su carta de emancipación.

Los fernandinos, enlazados entre sí por lazos familiares, parientes todos por delante o por detrás de la Iglesia, van perdiendo en su mayoría el privilegio de vivir sin trabajar mientras otros de sus hermanos escalan superiores posiciones sociales.

Es un estrato de transición en el que lazos familiares y recuerdos de antaño, fotografías pálidas con marcos alemanes y las primeras casas prefabricadas que los suecos llevaron a África, agrupan desde el licenciado al analfabeto, desde la «mamy» opulenta y visitona hasta la muchacha que estudia farmacia en una Universidad metropolitana.

El fernandino es un producto único, afro-criollo y metodista. Del prestigio inglés tomaron el nombre y, en muchas ocasiones, la religión. Del castellano, la gravedad y el empaque, el amor a los pequeños privilegios y una exigente propensión al vino y a las mujeres llena de delicadezas, que no son de negro, sino de meridional trasplantado a los trópicos.

Poco a poco se van haciendo católicos, y para ellos son los mejores cirios procesionales y las cintas más anchas. Y aman a España. Sin embargo, les falta ese tipismo bronco que impresionó al viajero, y los mejores relatos de excursionistas han olvidado al fernandino, como si no fuera el tipo más interesante y acabado de la isla.

SEGUNDO GRUPO

Forman este grupo representaciones étnicas de muy diverso origen: bubis, camerunes, pámués de nuestros propios territorios continentales, nigerianos, etc., predominando los dos primeros.

Todos poseen en común una instrucción elemental suficiente para leer y escribir el castellano y hablarle con mayor o menor imperfección. Sus conocimientos técnicos son variables, según los oficios u ocupaciones, pero nunca pasan de una mediocre artesanía. Han recibido instrucción religiosa, pero en su mayoría la cristianización ha quedado reducida a manifestaciones muy periféricas e irregulares.

Han perdido sus instituciones familiares típicas, de las que perduran algunos restos en combinación con algunos elementos cristianos y formas improvisadas de muy reducida validez. Legalmente no existen en Fernando Póo sino dos formas de matrimonio, a saber: el canónico católico o, en su lugar, el protestante, y el llamado «al estilo del país», que se registraría por una tradición conocida de oídas, se signaría mediante entrega de dinero al padre de la desposada y sería utilizable dentro de los círculos culturales en que fué creado. El abismo que media entre la forma típica y el matrimonio canónico, no está cubierto por ninguna fórmula legal. Más aun, en caso de conflicto entre la costumbre y el derecho canónico predomina la costumbre primitiva, salvo que, bautizados ambos contrayentes, se acojan al derecho canónico.

Fácilmente se comprende que el matrimonio al estilo del país, que prescinde en absoluto del consentimiento de la mujer, tiene una vigencia reducidísima en círculos, como los fernandinos, en los que las muchachas han adquirido cierto grado de instrucción y una no despreciable preeminencia social. También es notorio que la solidez del matrimonio canónico no resulta grata ni es adaptable a una fase de transición de las costumbres sociales en las que predomina la improvisación y las instituciones de tránsito.

No le queda otro remedio a este sector de la población fernandina que establecer conatos de familia, improvisando uniones maritales más o menos permanentes sobre la base del mu-

tuo acuerdo de las partes y el consentimiento familiar, en ocasiones.

A esas formas de unión, en las que falta el pago al padre de la mujer y se exige el agrado más que el consentimiento de la desposada, se le llama «matrimonio del país», con evidente incorrección. Como realmente carecen de tradición, de forma propia y de base legal o consuetudinaria, tales matrimonios suelen ser de una inestabilidad tremenda, y el destino de la prole sólo queda regulado por residuos de tradiciones, recursos de urgencia e instituciones benéficas de origen europeo.

El cuadro de la vida familiar fernandina es a todas luces lamentable y para los más ingenuos, fruto de una concupiscencia desenfrenada y un embotamiento brutal de la sensibilidad moral. Las cosas pueden ocurrir así, pero es más sensato pensar que la quiebra de las instituciones familiares tradicionales no ha encontrado todavía fórmulas de tránsito hacia una organización cristiana de la vida. Actualmente, la sociedad fernandina se sostiene precariamente merced a los recursos que el negro encuentra más a mano, y hay que reconocer una absoluta falta de originalidad en las fórmulas que viene utilizando.

Así basada la sociedad fernandina, y teniendo pendiente la solución del grave problema de la vida familiar, podemos distinguir en este grupo tres sectores de población de figura y mentalidad muy recortadas.

Primeramente hay que señalar a la cabeza del grupo la minoría escogida de escribientes, auxiliares, etc., cuya instrucción es un poco superior a la del grupo y a los que mueve una aparente vocación intelectual. A continuación, los propietarios de tierras, bastante bien dotados económicamente, y, por último, los artesanos que viven de su oficio, escalón de término del grupo que se enlaza, por insensibles gradaciones, con el siguiente.

EL OFICINISTA FERNANDINO.—La burocracia española, dígame de ella lo que se diga, es fecunda. Quizá por mantenerse española y castiza entre el balduque y la prosa curialesca de oficios y diligencias.

Parto de su fecundidad, son los 400 o más fernandinos oficinistas que mecanografían prosas arcaizantes, ordenan archivos y registros de entrada. Todo un ejército burocrático se ha creado al calor de la fecunda Administración española, que ha sabido, no sólo darles trabajo, sino proporcionarles un tipo mental que oscila entre el esbozo de maestro de escuela y el alevín de jefe de Negociado. Siempre correctamente vestidos, con zapatos y americana, corbata las más de las veces, tiene el habla reposada y erudita, léxico de quien en casa tiene un Diccionario y no en vano. Servicial y hasta eficiente.

La instrucción elemental que recibió ha sido ampliada en superficie y ésta les permite sostener entre ellos conversaciones inefables. Por fuera, hasta donde llegó el barniz de una cultura libresca —de regla de tres y ejercicios de lectura enfática— parecen escolares formales, demasiado crecidos. Pero en el fondo de su espíritu hay un tremendo vacío de valores sociales y morales. Han olvidado sus sólidas costumbres primitivas y no han adquirido un auténtico núcleo de civilización.

Así se comprende su inseguridad, su infidelidad. Roban en la primera ocasión y fácilmente sucumben a la tentación de falsificar un papel o un documento. En su vida sentimental y económica estarán llenos de hijos, de amantes y de deudas. Cambiarán de empleo y de vivienda, beberán con exceso y viven en una prolongada edad del pavo.

La frase ritual: «No se puede uno fiar de los negros», es tan cierta como superficial. Este tipo fernandino está absolutamente desprovisto de salvajismo, es decir, de ese sólido bloque de cultura primitiva en el que su raza ha vivido hasta hace poco. Dentro de la exigua corteza de civilización que ha

adquirido se agitan todas las humanas concupiscencias sin cauces ni frenos, que se abren al exterior al quebrarse la frágil cáscara civilizada que les cubre.

La falta de solidez y de integridad de este tipo es un rasgo muy acusado que se refleja de un modo continuo en su vida privada desasosegada e inestable.

Limitadas sus ambiciones por la realidad de las circunstancias con que sus sueños se enfrentan, se dedica a «vivir su vida», sin norma ni ejemplo, pura improvisación apasionada y elemental con impulsos de «petit blanche».

Pequeño agricultor bubí, escolar ciudadano o niño de Misión, ha visto en el seno de su familia el conflicto no resuelto entre las viejas tradiciones desprestigiadas y la civilización a medias conocida. Si se creyó por encima de estos problemas gracias a los conocimientos escolares, más adelante, en la diaria lucha por la vida, percibe la debilidad e insuficiencia de las normas disponibles.

EL AGRICULTOR INDÍGENA.—Prácticamente, el bubí es el exclusivo dueño de las tierras de propiedad indígena, aunque algún monrovia, por matrimonio o complicadas negociaciones, ha llegado a convertirse en propietario de tierras que primitivamente fueron bubis. Así, pues, son términos casi sinónimos agricultor indígena, fernandino y bubí.

El bubí propietario dedica una mínima parte del terreno que trabaja a los cultivos precisos para su alimentación, dedicando la mayor parte de sus propiedades al cultivo de productos de exportación, bien directamente o arrendando sus tierras a los europeos.

Actualmente el bubí vive, sin saber cómo, incluido dentro de un círculo económico capitalista y explota sus tierras en forma típicamente tal (jornaleros, créditos bancarios, comercialización de los productos, etc.).

Todas sus actividades agrícolas, o por lo menos la mayor parte, están dirigidas a satisfacer la demanda exterior o a aprovechar la coyuntura comercial europea. Estas actividades le proporcionan el numerario con el que adquiere los productos importados que necesita para su sostenimiento o para su satisfacción. Incluido en este círculo de intereses que no abarca y en un ciclo económico muy amplio, que no comprende, al bubi sólo le quedan dos posibilidades sociales: o seguir afirmando su calidad de pequeño capitalista terrateniente o, en caso contrario, convertirse en un auténtico proletario si por cualquier circunstancia queda desprovisto de tierras de labor aptas para tales tipos de cultivo.

El tipo de labrador, cultivando sus tierras para obtener de ellas el sustento preciso y un sobrante intercambiable en las proximidades, y la organización de la familia en torno de esta base económica que no precisa brazos asalariados, sino familiares interesados en la común tarea, son cosas desconocidas en Fernando Póo.

La máxima aspiración del bubi es sentirse señor feudal de sus tierras y encontrar un colono a quien arrendárselas. El alto grado de comercialización que las instituciones europeas han alcanzado y la perfección de sus mecanismos mercantiles, facilitan esta orientación de la economía bubi y vienen a determinar, secundariamente, la disgregación de la familia labradora, que posiblemente se hubiese creado.

La economía del bubi, estrictamente mercantil y monetaria, es perfectamente estable a pesar de su falta de sentido. Las factorías están llenas de un sinfín de cosas de las que el negro se encapricha, y en las que invierte su dinero sin finalidad alguna. Todos los beneficios obtenidos por la agricultura indígena se desvanecerían en gastos antieconómicos si la previsión de los organismos tutelares y mercantiles no ahorrasen al indígena toda preocupación acerca del futuro.

Al lado de una situación económica sólida, estable y cuidada por todos, el bubi contemporáneo carece de toda estructura social y de organización familiar. Las formas típicas de matrimonio bubi han sido sustituidas por el emparejamiento voluntario y temporal. La familia bubi así constituida comienza a preocuparse por el número de hijos. Si tenemos en cuenta que en todos los pueblos primitivos el número elevado de hijos se considera, no sólo una bendición, sino un obligado aporte a la comunidad, la reducción voluntaria de la natalidad marca el final de una etapa social y el comienzo, no muy halagüeño, de una nueva era.

La mujer bubi más de una vez se ve abandonada a sus fuerzas con uno o varios hijos. Su situación no suele ser extremadamente grave, puesto que siempre encontrará un pariente o un amigo que le ayude a resolver la situación. Y siendo la mujer la encargada de trabajar la tierra, su capacidad económica y su rendimiento son siempre suficientes para mantenerse en cierto nivel económico a pesar de las quiebras que sufra su arriesgada vida familiar.

Pero ante esta perspectiva, la mujer, que ya no se encuentra incluida en un grupo familiar amplio ni protegida por costumbres ancestrales y tiene que vivir de su trabajo, ve en los hijos una carga pesada y una considerable ampliación de sus gastos.

De otra parte, la repartición entre los hijos de las tierras paternas acarrea el estrechamiento de la base económica sobre la que el bubi vive cuando éstos son demasiados.

El ocio del hombre, el trabajo de la mujer, la limitación voluntaria de los hijos, juntamente con la morbilidad del clima, tienden a llevar a la raza bubi a la extinción. Y en estas condiciones demográficas la urgencia de un afianzamiento de los lazos familiares no es sentida por el indígena, que vive

dentro de cierta abundancia, libre de tradiciones ancestrales, y poco afectado todavía por las trabas de la civilización.

No queremos apurar las tintas sombrías que socialmente ofrece la agricultura bubi, el pueblo bubi en general. Sólo nos parece lícito señalar, escondido en la abundancia material en que viven, un vacío de instituciones y contenidos sociales que rápidamente conducen a la desaparición de la raza. La quiebra familiar que comentábamos en el apartado general de este grupo adquiere en este sector agrícola una mayor significación, presuponiendo que la vida rural y la dedicación labradora favoreciesen el afianzamiento de los lazos familiares y una organización social estable y eficiente.

LOS ARTESANOS.—Forman parte del artesanado fernandino los camerunes y demás pueblos venidos a la Isla que, aclimatados en cierto modo a la vida económica de Fernando Póo, no tienen acceso a la propiedad territorial ni poseen otro medio de vida que el trabajo de sus manos o los arbitrios de su astucia.

Los más jóvenes de este sector saben leer y escribir y conocen su oficio tan mal como los más añosos, porque el fundamental, la poca eficiencia del obrero fernandino y su falta de conocimientos técnicos que a veces, contrasta con su relativamente elevado grado de instrucción.

Este desequilibrio puede ser atribuído a la orientación que en nuestra Colonia ha tenido la enseñanza. Parece ser que ésta ha actuado en función de una «libido docendi» absolutamente ajena a su trascendencia. Se ha enseñado al indígena lo que corrientemente se enseña en la escuela primaria, sin pensar qué pudiera ser más útil o fundamental: si llenar las exposiciones escolares de fin de curso de estampas iluminadas y trabajitos manuales sin sentido profesional o económico, o,

por el contrario, organizar núcleos de formación profesional atendiendo a las demandas laborales de la misma colonia.

Una cierta falta de decisión encauzó la enseñanza por el camino más fácil: la instrucción primaria. Las escuelas de Artes y Oficios no han pasado de las cifras presupuestarias o de las líneas de cualquier Memoria.

Con dos problemas fundamentales se enfrenta el artesano fernandino.

De una parte, la escasez y anarquía de su formación profesional y la falta de medios pedagógicos exigen un aprendizaje larguísimo, de tal modo que sólo alcanza una aceptable maestría al declinar de sus fuerzas físicas, si no ocurre que dedica su vida íntegra al aprendizaje de los más variados oficios, insatisfecho de todos y desencantado del progreso de sus conocimientos tecnológicos.

La casi imposibilidad actual de cursar un aprendizaje eficiente y la dificultad de conseguir un mediano grado de maestría quitan todo encanto a la perspectiva, por otra parte cierta, de conseguir fácilmente una colocación bien remunerada.

Del mismo modo que la burocracia ha sabido encontrar en la raza negra una inagotable cantera de escribientes, la acción colonizadora tropieza con serias dificultades para formar obreros útiles. Desde la escuela la juventud indígena se orienta hacia los empleos burocráticos, dotados de una mayor preeminencia social y para los que la instrucción primaria tiene un subido valor instrumental. El escolar quiere ser maestro auxiliar, administrativo, empleado de una factoría o escribiente de una casa comercial, porque sabe que su formación le permite llenar fácilmente el papel con que sueña. Rara vez querrá ser albañil, carpintero o mecánico, si para ello tiene que seguir un largo e incierto aprendizaje no bien salga de la escuela.

La formación escolar deforma la mentalidad indígena y

la encauza hacia determinadas profesiones. No es que esta formación difiera de la que en España reciben los niños de todas las clases sociales; lo que ocurre es que en la Metrópoli esta orientación escolar se equilibra por las presiones de la clase social a que el niño pertenece y por la tradición artesana, agrícola o intelectual de la familia. En Fernando Póo, donde las tradiciones ancestrales han perdido vigencia y son poco adecuadas al momento cultural, donde las clases sociales son poco definidas y en vías de formación y donde la sociedad entera es fluída y maleable, la presión unilateral de la escuela encuentra compensaciones que eviten la deformadora desorientación de la juventud.

Esta falta de sentido social de la enseñanza y el no haber sabido incluir en ella la dotación instrumental precisa para que el indígena pueda resolver su vida y rendir un esfuerzo útil y económico, es claramente percibida por todos los coloniales. Pero aunque el problema es claro y su etiología está en el ánimo de todos, las soluciones no son rápidas ni hace-deras. El artesanado no se caracteriza solamente por la posesión de ciertos conocimientos tecnológicos, sino por formar un estrato social definido empapado de tradiciones que permiten la adaptación a la vida ciudadana moderna de ciertas ancestrales y seguras formas de vida. Pudiera ocurrir que tratando de crear a la ligera artesanos nos encontrásemos con una inquieta clase proletaria económicamente útil, pero desprovista de esa alegre limitación y de ese reposo social que caracterizan a la auténtica artesanía.

El otro problema que afronta el menestral indígena es la coexistencia de un artesanado europeo, mejor dotado técnicamente, que ocupa los mejores puestos. Este artesanado europeo ha surgido de la necesidad de disponer de mano de obra especializada y eficiente, a la vista de la poca utilidad del negro en ciertos menesteres y de su falta de preparación.

Cada día crece más en número y amplía más la extensión de sus actividades, paralelamente al crecimiento de la colonia y a la mecanización de los instrumentos de trabajo. La legislación laboral organiza esta artesanía jerárquicamente en aprendices, oficiales y maestros, o considerando permanente tal estado de cosas.

Existen, pues, en la realidad fernandina, dos artesanados, uno indígena y otro europeo, dotados de la misma función y articulados en el mismo punto del engranaje económico de la colonia. La competencia, apenas perceptible, es absolutamente desleal por una y otra parte. Se apoya el europeo en su mayor conocimiento de la técnica que utiliza, no permitiendo al indígena el acceso total a los conocimientos propios del oficio y justificando su actitud en una pretendida incapacidad mental del negro.

Este, por su parte, compite ventajosamente desde un nivel de vida inferior, con un contrato laboral en el que no figuran viajes, vacaciones peninsulares, etc.

Planteada así la competencia, el indígena tiene pocas posibilidades de aumentar sus conocimientos técnicos y ponerse al nivel de eficiencia del europeo a cuyo lado trabaja, y éste no puede ampliar sus exigencias económicas más allá del límite en el que resulta barato el poco eficiente trabajo indígena.

La separación de razas y el prestigio del europeo no dejan traslucir esta competencia, pero es indudable que la concurrencia de dos razas y de dos estratos sociales muy distanciados, dentro del mismo sector económico y laboral, no puede prolongarse sin una sorda y continua fricción.

La falta de formación profesional y la competencia europea restan al indígena posibilidades sociales y económicas, relegándole a los planos laborales inferiores. El obrero fernandino está condenado a ser un subalterno a las órdenes,

muchas veces, de europeos menos inteligentes que él y no excesivamente sobresalientes en el oficio que desempeñan.

Tal estado de cosas proporciona pocos encantos a la elección de un oficio mecánico, por lo que la artesanía fernandina se nutre, en general, de sujetos poco dotados a los que las circunstancias obligan a escoger tal medio de vida.

Muchas veces el artesano fernandino hábil y afortunado alcanza una posición económica bastante halagüeña, pero, en ocasiones, su nivel social se acerca al del bracero. La clase de transición entre este grupo y el siguiente se establece merced a estos artesanos mal dotados que nunca llegan a aprender el oficio, y cuya vida toda transcurre formando parte de la peonada.

El artesano agrícola, el capataz, el encargado de una pequeña finca o de una factoría rural se desenvuelve más holgadamente en su profesión que el obrero industrial. Su eficiencia es mayor, como es más completa e idónea su formación. La misma vida rural que llevan está más próxima a la vida tradicional indígena que la vida ciudadana, y muchos hábitos y tradiciones primitivas pueden tener vigencia en estos círculos.

GRUPO TERCERO

Comprende individuos de instrucción nula, reducidísimos conocimientos tecnológicos y limitada capacidad económica. Si posee tierras y éstas le permiten vivir, hay en ciertos momentos de su vida urgentes necesidades de dinero que le impulsan a buscarlo en el trabajo asalariado.

Queda así encasillado el bracero, es decir, el individuo que por un salario presta su trabajo poco diferenciado en las explotaciones agrícolas o forestales y constituye la inmensa ma-

yoría de la población fernandina y la casi totalidad de su población transeúnte.

Legal y socialmente está protegido por leyes, ordenanzas, costumbres y compromisos cuyo cumplimiento se cela cuidadosamente, y, desde el punto de vista sentimental, su existencia transcurre sosegadamente por los cauces y senderos que una inteligente burocracia cuida. Como actualmente proceden en gran parte de Nigeria, se ha llegado a establecer un sistema en el que felizmente se aúnan el puritano laborismo inglés con el tradicional franciscanismo español, de donde resulta irreprochable la situación del bracero, tanto para el socialista agnóstico como para el cristiano fervoroso.

Quizá el punto de vista del bracero sea otro. porque nunca el africano es bracero sino por un corto período de su vida. o, al menos, esa es su intención. Si se aviene a afirmar un contrato para trabajar como bracero es para salvar algún grave escollo de su vida, porque las seguridades que la protección oficial le proporciona no son motivo bastante para convertirle en bracero a perpetuidad. El negro ama la independencia, su círculo familiar, sus usos vernáculos y el horizonte de su patria chica, y todo esto está muy lejos de la explotación en que trabaja. El contrato de trabajo sólo proporciona dinero de amplio valor adquisitivo, puesto que su administración es cuidadosamente vigilada, de forma que no pueda dilapidarse alegremente. El trabajo es también, para algunos, aprendizaje de técnicas agrícolas que más adelante el africano pondrá en práctica en sus propias tierras.

Con el tiempo, sin embargo, se va notando una cierta tendencia a la perpetuidad del bracero, a constituirse como en una forma de vida casi permanente. Esto no sólo obedece al relativo confort de esta manera de vivir, sino a las dificultades que el negro de las fincas encuentra para desenvolverse por su cuenta dentro de sus círculos sociales en disgregación

o en las ciudades, que apenas conoce. Esta tendencia es más perceptible en el artesano o en el bracero de la ciudad, cosa perfectamente comprensible dado el atractivo que la ciudad africana posee y la falta de encanto que para el negro tiene la finca de su patrón.

En cualquier caso, el trabajador negro es poco eficaz y su rendimiento muy bajo. Sus conocimientos son insignificantes, su cometido elemental (cortar hierba, recoger frutos o acarrearlos, etc.) y las satisfacciones que pueden derivarse de su labor, inexistentes. Falta al bracero el gozo creador del artesano ante su obra o del campesino ante la parcela prometidora. Sin otro afán que el descanso, y todavía escasamente proletarizado, el bracero buscará otra forma de vida en cuanto terminen las circunstancias interinas que le forzaron a contratarse.

En la zona española, donde el indígena siempre tiene derecho a un trozo de tierra en su poblado de origen, la recluta de braceros es muy difícil. En otros tiempos, el contrato de trabajo y la prima antecedente era el medio más fácil para adquirir el numerario preciso para comprar mujer, por ejemplo. Hoy las cosas han variado mucho y no es éste el lugar de precisarlas, y es raro el nativo de la colonia española que trabaja en Fernando Póo como bracero, puesto que dispone de otros sistemas para resolver las periódicas necesidades de dinero que a lo largo de su vida suelen presentarse.

La no proletarización del indígena y el desarrollo de otras formas sociales bien cimentadas económicamente limita necesariamente el número de braceros, y, por otra parte, cuando el africano se proletariza, falto de asideros económicos y sociales, pierde toda posibilidad de adaptación y queda incluido en la categoría de «vago», con una fisonomía peculiar y unas características político-sociales perfectamente recordadas.

El hecho de que el bracero constituya uno de los fundamentos de la economía fernandina viene a complicar la cuestión, proporcionándola una mayor resonancia. Si socialmente el contrato como bracero constituye un estado de vida provisorio, las necesidades laborales son permanentes y muy poco adaptadas a esta característica social del tipo de trabajador que utiliza. Esta inadaptación expresa el anquilosamiento del punto de vista del agricultor europeo, frente al fluído y continuo cambio de las condiciones sociales del indígena. En los primeros tiempos de colonización la «puesta en cultura» de las poblaciones indígenas originó la urgencia de numerario necesaria para conseguir la afluencia de braceros. Este tipo de población primitiva se agotó pronto por su relativa escasez, pero se hubiera agotado más tarde de disponer de una mayor densidad demográfica.

Una población permanente de braceros no puede existir cuando coexisten al alcance del indígena otras formas sociales más de su agrado. La falta de braceros no es, pues, sencilla expresión de la debilidad demográfica de nuestra colonia, sino de la competencia de las formas sociales que el actual estado de colonización brinda al indígena. La escasa densidad de población ha planteado el problema en Fernando Póo antes que en otras colonias, y los mismos factores demográficos han podido determinar la estructura de las restantes formas sociales que concurren en la isla. Pero nunca debemos dejarnos impresionar por las cifras y olvidar los mecanismos sociales y estrictamente humanos que eternamente actúan en la vida de no importa qué pueblos.

Arrastra esto la continua elevación del nivel de vida del bracero, hoy el más alto posible dentro de la realidad económica y de la poca calidad del trabajo que presta. Falto de independencia, reglamentados y ordenados su trabajo y su vida, el bracero sólo puede acogerse a una ventaja: la se-

guridad de que no ha de faltarle casa, comida y asistencia médica. Pero esta seguridad está tan ampliamente difundida por el resto de las clases sociales fernandinas que no constituye en sí peculiaridad estimable.

GRUPO CUARTO

LOS VAGOS.—Incluimos bajo este epígrafe a cuantos sin medios de vida conocidos realizan un esfuerzo considerable para no trabajar. No son muchos en número los vagos, pero, concentrados en su mayoría en Santa Isabel, crean un permanente problema policíaco.

No queremos referirnos aquí a los procedimientos delictivos que emplean para ir tirando, porque no es nuestro propósito enjuiciar la delincuencia fernandina. Sólo queremos apuntar las dificultades que presenta el paro voluntario en un país escaso de mano de obra y en donde los trabajadores más ineficientes encuentran colocación. Estas dificultades sólo pueden ser vencidas por un férreo esfuerzo de voluntad, motivado por una profunda aversión hacia el trabajo.

El vago fernandino es una fracción bastante representativa de un tipo social frecuente en todas las ciudades africanas populosas en las que la vida comercial es intensa y en las que la civilización ha desplegado el tapiz de sus adelantos técnicos. El vago es la consecuencia de un urbanismo rápidamente establecido en círculos culturales que no conocen otro tipo de población que el poblado ni otras actividades que la agricultura rudimentaria o la caza.

La ciudad atrae con sus perspectivas de trabajo bien remunerado que proporciona una vida mejor, pero al mismo tiempo desintegra profundamente la cohesión social indígena, dejando al negro aislado en medio de un ambiente hos-

til activo y bullicioso que no entiende y al que se siente ajeno y encadenado. El vago es, en cierto modo, un proletario que a perdido toda vinculación con su estirpe, y puesto en este camino de desasimientos no encuentra satisfacción en el trabajo que le es dable realizar.

El vago fernandino se recluta en todas las clases sociales de la isla. La vagancia es solamente la expresión de inadap-tación al trabajo o a una determinada forma de vida, inadap-tación incluso a la vida de vagancia que lleva y le irrita. Suele ser instruído e inteligente; su vida de vagancia comienza con un continuo cambio de empleo y de mujer, descontento de todo, impaciente y aun esperanzado de hallar algo que le satisfaga. Su familia no fué un modelo de orden y morali-dad, y los ejemplos de su casa y la falta de orientación pro-fesional le empujan de una colocación a otra y de una mu-jer a otra, como si esto fuese la cosa más natural del mundo. Por fin, abandona todo empleo porque la muchacha con quien vive gana, Dios sabe cómo, bastante dinero para alimentarle. Ya es un vago completo en el que se insertan a veces activi-dades delictivas.

En el fondo de sus espíritus late una apagada irritación por la ciudad en que vive; ciudad sórdida, llena de pasiones agrias y de gramófonos ingleses que arañan canciones senti-mentales. Los bajos fondos de Santa Isabel, en los que se mez-clan el vino riojano y la rumba cubana con la agitada pereza del negro, sublevan al que ha ido a la escuela y sabe que en el mundo hay cosas limpias que todos alaban.

El vago no es capaz tan siquiera de adaptarse a la vida que lleva y de encontrar en ella una gozosa estabilidad. Ne-cesita eludir lo cotidiano en la embriaguez o la riña, y de aquí descende a una delincuencia diminuta que rara vez pasa a los Tribunales.

Afortunadamente, el vago isabelino es una mínima frac-

ción de la población isleña. Si lo traemos a esta relación es por precipitarse en él todos los estratos sociales de Fernando Póo, víctimas escasas de la conmoción social que la colonización provoca y representar un tipo social africano que continuamente ve crecer sus filas.

La vagancia femenina se reduce a la prostitución, sin otra característica notable que la falta de resonancia social que tal vida supone para el futuro de la muchacha. Tal prostitución es escasa, si sólo incluimos en ella los casos típicos y consideramos la libertad sexual femenina como pervivencia de una costumbre indígena que el urbanismo y la especial estructura de la población fernandina dan a veces un perverso matiz civilizado.

Siendo el vago el factor común de toda la patología social africana y uno de los tantos menos halagüeños que puede apuntarse la colonización, nos parece obligado mencionar aquí, si no las soluciones, al menos las actividades que opuestamente afrontan la situación.

De una parte, existe una orientación sospechosamente roussoniana que, deificando la naturaleza humana, califica de criminal cualquier intento activo de introducir modificaciones en ella al margen de su mirífica espontaneidad. Y, de otro lado, imaginando que el negro es una bestia perezosa, se pretende someter al africano a unas normas en cuya confección no tuvo él participación alguna.

Como cualquiera de las dos posiciones es poco cristiana, nos creemos relevados de una crítica más detallada, no sin dejar bien sentado que estas dos actitudes extremas han ido alternando alegremente en la dirección política y social de la totalidad del África negra, en contraste con la política seguida en los pueblos islámicos.

Esta diferencia de actitud parte del supuesto falso de que en estos últimos pueblos existe una cultura concreta y pal-

pable, mientras que en los negros no hay tal cosa. Así, la beatería que el europeo siente por cualquier cultura no puede tener cabida cuando se enfrenta con las ignoradas culturas afro-negras, quedando vigentes dos únicas posibilidades: o dejar que el «buen salvaje» despliegue espontáneamente los tesoros de su deífica naturaleza o imponer al «negro perezoso» unas normas de conducta que saca el colonizador del bolsillo.

Estas dos antitéticas conductas tienen de común la claridad de su teórica y el dogmatismo de sus conclusiones; pero cuando se parte del supuesto de que la colonización no actúa sobre naturalezas vírgenes ni animales elementales, sino sobre estructuras culturales rudimentarias, pero sólidamente establecidas, se requiere más aguda comprensión antes de poder establecer una línea de conducta.

Frente al vago, la pasiva actitud franciscano-rousseauiana no puede competir con la rigidez normativa, que trata de remediar violentamente la falta de formación social del negro. Una y otra actitud se complementan ante el vago, que, dejado a su espontánea evolución, debe someterse más tarde a una disciplina correctora capaz de reincorporarle a la vida social.

La escasa proporción con que en Fernando Póo se presenta esta malformación social se ve agravada por la continua importación de tales tipos sociales, cada vez más abundantes en la costa africana y que de puerto en puerto van proclamando la ineficaz orientación social que muchas naciones europeas imponen a sus colonizados.

* * *

El sentido cristiano de la colonización española posee, desde profundas raíces religiosas, un cauce social por el que dis-

curren las cristiandades que se van formando y que sirven de ejemplo al resto de la población indígena. Y los aspectos más turbios de la vida fernandina pueden explicarse fácilmente si no olvidamos que arriban a la isla gentes de muchas procedencias influídas por actitudes muy ajenas al espíritu de España.

RAFAEL ROMERO MOLINER

NOTAS

25

